

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

OR

La Novela Metro-Goldwyn



**ERROR
MATRIMONIAL**

FOR
Pauline Starke,
Antonio Moreno, etc.

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

LA NOVELA METRO - GOLDWYN

EDICIONES BISTAGNE

Paseo Paz, 10 bis - BARCELONA - T. 4423 A.

Error matrimonial

Magnífico asunto, interpretado por Paulina Starke y Antonio Moreno.



Producción

METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuida por

METRO-GOLDWYN CORPORATION

MALLORCA, 220 BARCELONA

Pilar Farrago

*Revisado por la
censura gubernativa*

Error matrimonial

— 11 —

Argumento de la película

El hombre no perdona fácilmente los agravios de una mujer, sacrificando a menudo sus sentimientos más arraigados en aras de su amor propio. La mujer olvida las ofensas del hombre a quien quiere, porque pone su vanidad.

Maroleja: la filosofía de la mujer, aun siendo a veces inconsciente es más práctica que la del hombre.

Elinor Glyn

Benjamin Levy era un opulento banquero londinense que había cimentado una gran fortuna en negocios inconfesables de especulación y de usura.

En la vida dura y enérgica de aquel hombre de finanzas, existía únicamente como cosa delicada y dulce su hermosa hija Vanessa a la que deseaba casar con un aristócrata de los más ilustres.

Le perseguía el sueño pueril de que su hija pudiera ostentar un título de nobleza. El poseía bastante dinero en el mundo para comprar pergaminos de recio abolengo. Estaba convencido de que no habían de faltar candidatos a la mano blanca y cargada de dinero de la joven.

Entre los nobles ingleses a quienes consideraba como posibles maridos de su hija, figuraba el conde de St. Austel, simpático muchacho cuya genealogía se perdía en la noche de los tiempos: tan ilustre era que tenía en su historia cruzamientos con sangre real.

Cierta tarde en que Levy, dejando por un momento el estudio de los negocios, estudia-

ba el árbol de familia del conde de St. Austel, entró en su despacho, Oscar Issacson, su secretario particular.

Era éste, hombre de mediana edad, de aspecto poco simpático y de ordinarios y piche-yos rasgos. Levy le toleraba porque era insustituible en el trabajo, sin otra ilusión en la vida que la de atender cumplidamente todas las órdenes del banquero.

Levy levantó la cabeza y le dijo al verle avanzar tímidamente:

—¿Qué le trae por aquí? ¿Ocorre algo?

—Señor Levy — dijo el secretario, con voz indudablemente emocionada —, ¿Me permite usted dos palabras acerca de un asunto confidencial?

—Usted dirá...

Y le miró extrañado, sin comprender qué asunto grave haría adoptar a su secretario aquellas maneras misteriosas.

Oscar sonrió con una horrible mueca, y explicó:

—Por espacio de quince años le he servido

a usted fielmente... y he visto a su hija convertirse en mujer.

Guardó silencio para proseguir, mientras Levy le contemplaba con creciente curiosidad.

—Especulando con prudencia he logrado reunir una fortuna regular y ahora me considero en situación de pedirle a usted la mano de su hija.

—¿La mano de mi hija? ¡Ja... ja... ja!

Y el banquero rió con una carcajada insultante que parecía empujear, pulverizar al osado que se atrevía a tal petición.

—Su proposición es completamente ridícula, Oscar. Tengo otros planes para el porvenir de mi hija.

Oscar bajó los ojos, y rojo como la grana, pero agitado por una tempestad interior, salió de allí arrastrando los pies, medio aniquilado por la negativa. ¡Y él que había creído!

—¿Qué loco! — pensó Levy al verle desaparecer...

Y considerando su pretensión como lo más ridículo del mundo, no quiso volver a acordarse de ella, deseando para su hija otros maridos

de figura esbelta e ideal y aristócratas de alta alcurnia.

Una hora después llegaba al despacho de Levy una nueva visita. La de un elegante y enconpetado joven que saludó con noble dignidad al banquero.

Era Roberto, el conde de St. Austel que había arriesgado su fortuna en un invento para aeroplanos. La compañía en que puso su capital había fracasado de un modo misterioso, fracaso en que no era ajeno el banquero Levy.

El conde tomando asiento ante el financiero le dijo:

—Señor Levy, usted tuvo la amabilidad de telefonarme... Me encuentro en una situación muy apurada.

Una sonrisa de complicidad flotó en los labios finos del banquero. ¡Ya lo sabía él! Como gracias a sus manejos la compañía había quebrado. Quería arruinar al conde para manejarlo a su antojo como un polichinela.

—Creo conocer algo acerca de sus apuros, Excelencia...

—¡Es horrible lo que me pasa! Los bancos

han rehusado prestarme dinero y no puedo comprender el motivo.

Nueva sonrisa enigmática contrajo las facciones del banquero, mientras el joven conde proseguía con la excitación del hombre que no puede atender sus compromisos:

—No es mi situación la que me preocupa, sino la de mis amigos. No puedo permitir que pierdan el dinero que han invertido fiándose de mí.

Parecía desalentado y la honrada sangre de su nombre protestaba ante la idea de no poder cumplir.

—Bien, señor conde. Examinemos su situación — dijo Levy sonriente y mirando curiosamente al muchacho.

—¿Puede usted hacer algo por mí?

—Tal vez... Pero me temo que si los bancos han rehusado prestarle su apoyo, su Excelencia no aceptará seguramente... una limosna mía.

El conde St. Austel levantóse para dar por terminada la entrevista. ¿Era ésto todo lo que se le ocurría? ¿Explotarle con un préstamo de

usura? ¡Nunca, no quería dejar en sus manos hipotecado el porvenir!

—No se disguste. Hay un medio muy sencillo de solucionar este conflicto — agregó Levy.

El conde que estaba ya cerca de la puerta volvió sobre sus pasos.

—¿Qué es ello?

—El dinero de sus amigos quedará asegurado... el nombre de St. Austel permanecerá sin tacha...

Y mirándole con sus ojos de hombre dominador que quiere leer en el fondo del pensamiento, agregó:

—Yo me encargaré de la buena marcha de la compañía... y lo único que pido a cambio es...

Y con lentitud formuló su proposición.

—...es que usted se case con mi hija.

Algo desagradable sintió el conde en el fondo de su alma, pero tan preocupado se hallaba entonces por aquel mal negocio, que la idea de poder disponer del dinero del banquero le hi-

zo vacilar en la negativa que tenía a flor de labio.

—Dentro de unas horas tendrá usted mi contestación — respondió fríamente.

—Espero que será favorable.

Nada respondió St. Austel y alejose rápidamente dispuesto a hacer un examen de sus deudas.

—No le hago a usted ninguna proposición violenta — le gritó aún Levy—. Mi hija es joven... y no creo que sea desagradable.

El conde abandonó, cabizbajo, la sala. Iba sintiéndose por momentos amilanado ante su próxima ruina. La alta sociedad no le perdonaría su fracaso, tal vez tuviese que emigrar teniendo que residir en un mundo nuevo y diferente donde todo le sería hostil... En cambio el banquero Levy, uno de los millonarios más grandes de Londres, le brindaba su fortuna si se casaba con su hija.

¿Por qué no hacerlo? El alma de St. Austel estaba huérfana de amor, ningún obstáculo sentimental se interponía en aquella hora de

conveniencia. Y decidió aceptar aquel trueque de intereses...



Aquella noche asistía a la inauguración de la temporada de ópera lo más selecto de la sociedad londinense.

Ocupaba uno de los sillones de platea Vanessa Levy, la hija del banquero, recién llegada de una larga estancia en un colegio de Francia, donde había adquirido los gestos selectos de la gente más refinada e ilustre.

Junto a ella se encontraba Madame de Jünon, institutriz de Vanessa, cuya principal misión consistía en esclavizar con las cadenas de las conveniencias sociales una imaginación de diez y ocho años.

En uno de los palcos de platea se encontraba el conde de St. Austel, acompañado de varios amigos. De entre todos ellos, el coronel Rodolfo Dengerfeld era su preferido.

En otro palco se hallaba la duquesa de Lincolnwood, hermosa dama que alimentaba una vieja pasión por Roberto.

Ella dirigía constantemente sus gemelos hacia el palco que ocupaba el joven conde.

Desde unas butacas, unos caballeros observaron al conde de Austel que parecía muy preocupado y ajeno a la función.

—Allí está el conde de St. Austel — dijo uno de ellos.

—Es raro que no esté con la duquesa de Lincolnwood — comentó otro.

—¿Pues qué? ¿No te has enterado? Ese asunto terminó hace varios meses.

—No lo sabía.

La duquesa no pensaba así. Había cultivado unos meses antes un agradable "flirt" con el joven conde, pero éste, aturdido por los negocios, pronto se cansó de la compañía pegajosa de su amiga y rechazó de plano todo nuevo intento pasional. Habían roto definitivamente.

Ella no se resignaba a que el rompimiento fuese definitivo. Durante un entreacto dijo a un caballero que fué a saludarla a su palco:

—Hágame el favor de decirle a Roberto que

yo le llamo. Debe estar en el palco de los solteros.

—Voy a buscarle, señora.

El conde de St. Austel seguía aburrido. De pronto se fijó distraidamente en Vanessa, al decirle uno de sus amigos:

—Mira la muchacha de la quinta fila... ¡Qué ojos!

—Es bonita! ¡No hay duda! — contestó el conde.

Vanessa había descubierto también al conde y ella se sintió agradablemente sorprendida por el aspecto arrogante y ligeramente triste del joven. Ella ignoraba por completo los propósitos de su padre y no sabía que éste quería casarla precisamente con aquel joven que ahora atraía su atención. Preguntó a la institutriz si le conocía y ella le dio el nombre: era el conde de St. Austel.

Roberto se dirigió a saludar a la duquesa mostrándose cortés y amable con ella, pero con cierta reserva interior. Volvió, atraído de modo extraño, a contemplar a la joven de la quinta fila.

La duquesa con un mohín de ira en los labios, preguntó:

—¿Conoces a esa muchacha?

—Nunca la he visto hasta ahora — respondió él, indiferente.

—No sé, Roberto, no sé... Te veo preocupado... ¿de qué se trata, de negocios o de amor?

—Ni de una cosa ni de otra, Elisa, créeme... Nuestra sociedad marcha admirablemente y yo... me caso dentro de pocos días.

—¿Te casas? ¿Y con quién?

La ira hacía temblar sus labios y mover nerviosamente la cabeza, agitando el grueso collar de brillantes ceñido a su cuello.

—Ya te enterarás por los periódicos. — respondió él con frialdad.

Y como comenzase ya el nuevo acto, Roberto se despidió de su antigua amiga y volvió a su palco, preocupado por la determinación de casamiento que había tomado unas horas antes.

¿Qué tal sería su mujer? ¿Algún adefesio? Levy había asegurado que era una mucha agra-

dable... Pero, ¿qué padre no encuentra agradable a la hija de su corazón?

Vanessa se sintió igualmente turbada, no pudiendo quitar los ojos de aquel interesante joven de ojos tan tristes.

Ella acababa de salir del colegio y por primera vez en la vida miraba con ojos de amor a un hombre.

Llegó el fin de aquella selecta velada y amaneció un nuevo día en que el recuerdo de Roberto ocupó todos los pensamientos de Vanessa.

No podía arrancarse de su imaginación el perfil aristocrático y elegante de él. Pero nunca podría ser para ella. Era uno de aquellos aristócratas que parecen vivir en un mundo aparte.

Para distraerse de su tedio leyó un libro de versos, buscando en las lamentaciones de los poetas el consuelo que encuentran a sus recuerdos de amor las almas sensibles y delicadas.

Madame de Jainon, su institutriz, interrumpió la lectura.

—Tengo que contarte algo mucho más interesante que estos versos.

—¿Qué pasa?

—Querida Vanessa, tu papá acaba de arreglar un magnífico casamiento para ti.

Estas palabras hicieron volver a la realidad a la soñadora criatura. Menó la cabeza negativamente con un gesto de energía.

—¡No... no... yo no puedo casarme con una persona a la que ni siquiera conozco! —gritó.

—El interés es lo primero del mundo, hijita mía... Tu papá sabe bien lo que te conviene. El ya ha concertado todos los detalles del casamiento.

Ella se movió en su asiento, furiosa, indignada. En su alma ilusionada y juvenil no existían otros mandatos y derechos que los del amor.

—Yo necesito querer al hombre con quien me case —protestó—. Papá no puede exigir de mí otra cosa.

—¿Querer?

Y la institutriz la miró con asombro.

—¿Querer? —repitió—. Pero niña, ¿no sabes tú que estás viviendo en una época en que el amor se presenta después del matrimonio?

—¡No... no... ha de ser antes de casarme!

—En último término eres tú quien ha de decidirlo... Es cuestión sólo de tiempo. Pero tu papá te está esperando en su despacho.

Invasión de inmensa tristeza, la joven se encaminó al despacho del banquero. Este, viendo el gesto triste de la muchacha comprendió que estaba enterada de todo y, después de besarla dulcemente, le explicó:

—Vanessa, hija mía, he escogido al hombre que va a ser tu esposo. Es verdaderamente digno de ti.

Estaba radiante de satisfacción. Ella alzó los ojos bañados en una tristeza íntima.

—¿Y quién es él? —sollozó.

—El conde de St. Austel. Dentro de un mes te casarás con él.

Vanessa levantó la cabeza y sus ojos se inundaron de repentina alegría.

—¿El conde de St. Austel? —murmuró.

—¿Lo conoces?

—No, pero lo vi anoche en la Opera.

—¡Magnífica coincidencia! ¡El hombre cuyo porte la había turbado tan profundamente, era el elegido por su padre! Se sintió feliz y tuvo deseos de bailar y saltar.

Levy, contentó por las demostraciones cariñosas de su hija, dijo:

—Lo debiste cautivar, porque esta mañana ha pedido tu mano.

—Pero... ese joven... — dijo ella pensativa—, ¿es verdad que ha pedido mi mano? ¿Me quiere... así... con haberme visto una sola vez?

Levy sonrió y nada quiso decir a su hija de la verdad de aquella boda. Ya que los dos casualmente se habían encontrado en el teatro, ¿por qué quitar a Vanessa la ilusión de hacer creer que el conde se había enamorado súbitamente de ella? ¿Por qué hablarle del matrimonio por conveniencia, de que él, Levy, con nacio orgullo deseaba comprar a su hija un marido aristócrata, y de que el conde de St. Austel, arruinado totalmente, tenía que vender de aquel modo su título?

—Si — dijo, mintiendo—. Se ha enamorado locamente de ti. Es un hombre rápido en sus decisiones... Quiere casarse contigo.

—¡Qué feliz soy, papá, qué feliz soy!

Y le cubrió de besos mostrándole la inmensa alegría de su alma.



Aquella noche, Vanessa aguardaba con impaciencia la llegada de Roberto, tratando de disimular bajo una actitud de obediencia sumisa, la alegría que invadía todo su ser.

Roberto fué a cenar con los Levy. Sorprendióse extraordinariamente al reconocer en la hija del banquero a la muchacha que había visto en la Opera la noche anterior.

Era indudable bonita, llena de juventud y de gracia, pero el conde que sacrificaba su nombre para evitar la ruina de sus amigos, sintió por Vanessa una instintiva repugnancia.

¡Qué mujer! ¡Qué corazón tan cruel y malo debía ocultarse en ella! Se prestaba a aquella comedia de amor, vendiéndose a cambio

de un título aristocrático... Casi una niña no vacilaba en entregar su alma sin quererle al hombre que la podía hacer condesa...

Durante la comida mostróse frío y reservado. Vanessa, ignorante en absoluto de la combinación entre su padre y Roberto, procuró mostrarse cordialísima con su futuro, extremando las notas afectuosas.

Esos intentos de cariño producían a Roberto casi náuseas. ¡Cuánta falsedad! ¡Cómo representaba una verdadera comedia de amor aquella mujercita que tenía aspecto de colegiala!

Le pareció un siglo la comida. Desalta verse cuanto antes en la calle para no seguir mintiendo una cordialidad falsa, de fantoches.

Terminada la comida, llegó para Roberto el momento más doloroso. El instante en que iba a tomar estado oficial la trama urdida por Levy. Fueron los dos jóvenes a un saloncito, sentándose en un sofá.

Roberto, muy serio y digno, dijo a Vanessa que le miraba con creciente ilusión:

—Supongo que su papa te habrá informado de los motivos que me traen a su casa.

Ella bajó los ojos y respondió dulcemente,



Puso en uno de los dedos de Vanessa el anillo de prometida...

enamorada de Roberto, con la ilusión de la verdadera novia ajena a toda clase de maldad:

—Sí, me manifestó sus deseos... y me es grato dar mi consentimiento.

Una extraña sonrisa crispó los labios de

él... ¡Hipócrita! ¡Y con aquella tranquilidad vendía por un título su corazón!

Puso en uno de los dedos de Vanessa el anillo de prometida, y friamente se despidió de la joven con un ligero saludo.

Cuando él marchó Vanessa comentó con su padre la frialdad demostrada por el conde.

—No sé, papá, me ha desconcertado su marcha... Es un hombre de tan pocas palabras...

Levy respondió quitando importancia al hecho:

—No te preocupes, chiquilla; su frialdad e indiferencia son propias de personas aristocráticas.

—Yo le hubiera querido más cariñoso.

—Todo llegará... No tendrás un marido mejor que él.

Y pretendió calmar su primera inquietud.

Al regresar a su casa, Roberto encontró a su amigo Rodolfo esperando con impaciencia detalles de la entrevista.

—¿Qué tal es la muchacha? — le preguntó el coronel.

—Es la niña que tanto admiramos en la Ópera anoche.

—¿Es posible? ¡Pues es bonita, no hay que darle vueltas!... ¡Vaya ojazos los suyos!

—Sí, no te diré lo contrario... ¡Pero si vieras como me repugnan ella y su padre!...

¡Aprovecharse de mi situación para obligarme a casarme vendiendo de esta manera mi título! ¡Qué cosas son precisas a veces en el mundo! ¡Y ya ves! ¡Una chiquilla que parecía toda inocencia y que se presta a semejante combinación!

—¡Parece imposible! — repuso el coronel, extrañándole que la bella mujercita que comenzaba a vivir entregara su alma al interés sin ninguna protesta sentimental.

—Pero no tengo más remedio que aceptar para proteger a mis amigos — agregó el conde —. Si no lo hago me arruino yo y arrastro a la miseria a los que confiaron en mi negocio de aeroplanos.

Y siguieron platicando los dos amigos sobre la arrilla vil de que está hecha a veces el alma humana.

Al día siguiente la duquesa buscó con ansiedad en el periódico el nombre de la prometida de Roberto.

No tardó en leer con profundo disgusto:

El conde de St. Austel se casa

Se anuncia el próximo matrimonio del conde de St. Austel con Vanessa Levy, hija única de Benjamín Levy, el conocido banquero. La ceremonia tendrá lugar el 10 de Junio próximo.

Una profunda indignación se apoderó de ella viendo perdido irremisiblemente al hombre que había sido todo su amor en otros días.

Guardando el periódico se dirigió a casa de Roberto. El conde la recibió contrariado y ella mostrándole el diario le dijo:

—Roberto, ¿por qué te casas con esa mujer?

El conde la miró altivamente, sintiendo por aquella antigua amiga caprichosa un desdén abrumador.

—Por lo que todo el mundo se casa, Elisa — contestó, friamente.

—¿La quieres?

Y en sus ojos brillaron los más audaces celos.

—¿Sí! — respondió altivamente el joven.

—¿Mentiroso!

Escupió en tales palabras todo su desprecio.

—¿Cómo te atreves? — protestó él.

—¿Me vas a hacer creer a mí que te casas por amor? ¿Ella... la hija de un prestamista!

—¿Acuérdate de que va a ser... mi mujer!

Elisa se echó a llorar y luego de hablar de ingratiitudes y prematuros olvidos, se alejó de allí, dejando al conde de St. Austel violentamente contrariado.

Roberto se sintió humillado ante las palabras de ella. Tenía miedo de que todos descubrieran que no era amor lo que le unía con la hija de un usurero, él, uno de los hombres de la más rancia nobleza británica.

Y sintió una violenta ira contra sí mismo, pensando en lo que iba a ser en lo futuro su existencia.



¡Por fin! Las campanas que alegres cantaban el amor de Vanessa, no significaban para



Celebróse la boda...

Roberto más que el cumplimiento de un contrato.

Celebróse la boda a la que asistió una multitud selectísima. Vanessa, verdaderamente enamorada del conde, se consideró la mujer más

feliz de la vida en el instante en que el sacerdote bendijo la unión matrimonial. En cambio Roberto inclinó la cabeza al dar el sí comprendiendo que acababa de firmar la venta de su persona y su título.

Uno de los invitados comentó malicioso al oído de otro:

—¿Qué efecto le producirá a la duquesa la pérdida tan súbita de su Roberto?

—Ya lo veremos...

Levy no se sentía menos feliz que su hija. Lo que él quería, un título de nobleza para Vanessa, lo acababa de conseguir... Ya no sólo su nombre se vería aureolado por los prestigios que proporciona el dinero, sino también por el marco bello y elegante de una aristocracia gloriosa.

En el castillo de St. Austel, lugar escogido para la imprescindible luna de miel, los erizados aguardaban con curiosidad la llegada de la nueva duquesa.

Aquella tarde llegaron a la magnífica finca, en automóvil, los recién casados. Roberto, se-

rio y grave, ella, jovial y feliz con el aturdimiento febril de las novias.



—¡Qué felices seremos aquí!

Los criados puestos en fila en el hall, saludaron a la nueva señora, admirando su juventud y su irresistible simpatía.

—Una modesta ofrenda de bienvenida de sus servidores para la señora condesa — dijo una de las criadas entregándole un gran ramo de flores.

Vanessa que no tenía nada de orgullosa sonrió amablemente a las humildes gentes y luego paseó por las amplias estancias del castillo admirando la soberbia suntuosidad que allí reinaba.

—¡Qué casa más bonita, Roberto! — exclamó —. ¡Qué felices seremos aquí!

Roberto se veía obligado a disimular, a hacer violentos esfuerzos de su carácter para que ella no conociera la honda repugnancia con que miraba sus cosas. Mostrábase con una indiferencia cortés, que ella atribuía a la manera de ser de los aristócratas.

—Acompaña a la señora condesa a sus habitaciones — dijo Roberto a una de las doncellas.

Ella después de besar dulcemente a su marido marchó hacia la alcoba nupcial.

Quedó el conde solitario y melancólico, paseando por las salas del castillo donde todo

había de honradez, de vida sin mácula, de gentes que se sacrificaron por los grandes dictados de la conciencia.

¡Y pensar que era la hija de un usurero, vendida a la vanidad, quien iba a presidir los destinos de la vieja casa de sus mayores!

¡No, él no podía amar a la mujer que sin conocerle apenas, le había dado su mano para pescar su título de nobleza! También él se consideraba culpable, pues a cambio de ello recibía el dinero para pagar a sus acreedores...

¡Qué sabor tan amargo tenían aquellas cosas! ¡Hacer del amor, un contrato más, y ser su cómplice una mujercita joven, recién salida del colegio que, sin embargo, ya debía tener en su alma el poder del egoísmo!

Había Roberto evitado cuidadosamente hablar de aquella venta a Vanessa. ¿Para qué, pensaba él, si los dos sabían que no era el amor lo que les unía, sino la mutua conveniencia?...

Mientras tanto, en el hechizo de una noche de verano, Vanessa se dejaba ganar por una dulce languidez.

Desde los primeros años de la juventud de Vanessa, Magdalena había sido su doncella. Y ahora esta muchacha se encontraba en su alcoba arreglando la ropa de dormir de los nuevos esposos, mientras Vanessa se había asomado un momento a la terraza, bañada de luna.

Magdalena comentaba con otra criada la riqueza de las prendas de los novios.

—Son del número tres — dijo la doncella señalando unas zapatillas bordadas de la nueva rondesa.

—Del dos, curiosa — protestó Magdalena—. Mi señora no tiene pies de inglesa.

Luego miraron el pijama del conde y exclamó la doncella del castillo:

—¡El equipo de novio del señor conde! ¡Qué romántico!

Magdalena acarició suavemente la fina ropa y contestó suspirando de romántico modo:

—¡Qué seda más suave! ¡Qué hermoso debe ser el día de la boda!

Luego se alejaron las dos... Magdalena volvió para desnudar a la señorita. Pero sonrió

dulcemente viendo a la condesa que estaba aún en la terraza.

No, aquella noche ella no quería intervenir allí. Y escribió en un papel que dejó sobre el tocador:

La señora condesa me perdonará si no acudo a desnudarla, pero un terrible dolor de cabeza me obliga a acostarme.

Magdalena.

Cuando Vanessa leyó aquello, se echó a reír y ella misma despojóse de su traje de novia, vistiendo un bello pijama.

Metióse en el lecho... La invadía una extraña emoción...

El conde Roberto vaciló antes de entrar en la cámara nupcial. Algo le obligaba a alejarse de allí, a huir de aquella mujer que había vendido su corazón... Mas por otra parte... su esposa era tan bella... tan joven...

No vaciló más... y entró decididamente en la alcoba.

Ella sonrió al verle...

Roberto, venciendo la repulsión moral de aquella boda de interés, percibió el perfume

grato de la persona de su esposa, y, olvidándolo todo en aquel momento, se acercó y hundió febrilmente sus labios en los cabellos negros y perfumados de Vanessa...

••

Las primeras luces de la mañana invadieron la cámara nupcial... Vanessa despertó, despejándose dulcemente.

Su mano tanteó el lecho... y encontrólo vacío... Roberto no estaba ya en él.

¿Por qué había marchado ya? Ella levantóse y saludó con una sonrisa de felicidad al nuevo sol que nacía...

Roberto entró luego en la alcoba. Su rostro era grave y serio. Parecía que calmada su pasión, volvía a experimentar la repugnancia por aquel matrimonio simplemente comercial.

Ella le miró con ojos de amor y le dijo:

—¿Vamos a tomar el desayuno, querido?

—Yo tomé el mío ya... puedes hacerlo tú ahora — respondió él con voz un poco dura.

Vanessa se sorprendió al ver este cambio de

expresión de su esposo, después de las ternuras de unas horas antes.



—...tendremos que pasar estos días de alguna manera...

De pronto, Roberto, que parecía ahogarse en aquel ambiente, le dijo:

—Vanessa, tendremos que pasar estos días de alguna manera. El castillo es muy aburrido y conviene distraernos. ¿Te gustaría darte un paseo en automóvil por los alrededores?

—Si tú lo deseas lo haré con gusto, Roberto — contestó.

—Pues visítate pronto y marcharemos.

En todas sus palabras parecía haber un desdén que para Vanessa se hacía incomprensible. Siempre se había mostrado frío Roberto, pero esa indiferencia había aumentado ahora...

¿Qué podía ocurrirle?

Salieron los dos en automóvil realizando una larga excursión por la comarca. Roberto mostrábase preocupado durante el viaje como si se considerara el hombre más infeliz de la creación.

Aquella semana de luna de miel fue para Vanessa algo francamente irritante. En vano se preguntaba a qué podía obedecer la extraña conducta de su marido. Ella procuraba extremar su amabilidad, pero se sentía repelida por algo duro que la apartaba de Roberto.

Después de ocho días de permanecer en el

castillo durante los cuales Vanessa tuvo que confesarse a sí misma que su marido no le amaba tanto como ella había soñado, regresa-



Ella procuraba extremar su amabilidad...

ron a la capital.

La indiferencia de Roberto continuaba igual y la extrañeza que Vanessa experimentaba se había convertido en desesperación al llegar a Londres para asistir a la apertura de la corte.

Vanessa había querido ocultar a su padre la

melancolía de su situación. ¿Qué secreto roía el corazón de su esposo que parecía siempre querer apartarse de su mujer como si le causase repugnancia? ¿Y para esto se había ella casado! En vez de tener un amable compañero con el que compartir las horas de la vida, se veía junto a un hombre que apenas le dirigía la palabra, tratándola con una indiferencia glacial.

Una tarde los condes de St. Austel y otros nobles estuvieron en la recepción de la corte. Al salir se reunieron todos en casa del tío de Roberto, anciano aristócrata de viejo rango, que les invitó a cenar.

Entre las damas que allí se encontraban, vestidas con el clásico traje de corte, figuraba la hermosa duquesa de Lincolnwood, cuya mirada no había dejado de dirigirse a su antiguo enamorado Roberto.

Con inaudita tranquilidad que hacía de ella una temible adversaria, acercóse a saludarlo.

—¿Recién llegado de tu viaje de novios, Roberto? — le preguntó con cariñosa entonación.

—Así es — respondió Roberto con frialdad.

—Pero... parece haber envejecido en pocos días... ¿qué te ocurre? ¿No eres feliz?

Ella pareció haber puesto el dedo en la llaga, pues Roberto la miró asustado como si hubiese descubierto su secreto más recóndito.

—Sí, lo soy... —respondió.

Demasiado sabía que se engañaba. Su matrimonio había sido una equivocación. Ciertamente que gracias a él pudo satisfacer las cantidades que debía, pero en cambio, ¿a qué precio había pagado aquello? Teniendo por compañera a una mujer que, sin conocerle, le aceptaba por esposo por la necia vanidad de ostentar un título nobiliario.

—Me alegro de que sea así —respondió la duquesa, malévola—. Aunque tu rostro no parece denotar gran alegría, créeme...

Roberto se alejó disgustado y un elegante joven corrió hacia él para saludarle.

Era Lord Carlos Langley, irresistible seductor de corazones femeninos.

—¡Hola, Roberto! —le dijo—. Vi a tu encantadora esposa saliendo de Palacio. Andate

con cuidado, querido, no sea que yo te la quite...

Estas palabras hirieron vivamente al conde, quien respondió con una sonrisa altiva:

—La admiración que testimonia a mi esposa es sumamente halagadora... para mí.

—Así lo espero, Roberto... La gente suele decir que tengo bastante buen gusto.

Y saludándole cordialmente fué a hablar con Vanessa y otras damas. Algo extraño hirió al conde y viendo como aquel hombre se inclinaba y parecía regalar el oído de la condesa, notóse agitado por el violento espulso de unos repentinos celos.

Se dió cuenta en aquel instante de que su mujer era lo bastante bonita para hacerse agradar. Y el temor de que Carlos pudiera conquistar el corazón de aquella mujer como había hecho con tantas otras, le llenó de una inquietud frenética.

Varios caballeros comentaban con la duquesa de Lincolnwood la hermosura de la nueva condesa de Austel.

—¡Qué belleza, qué fascinación la de esa mujer! — dijo uno de los aristócratas.

—Para hija de un prestamista es verdaderamente atractiva... — contestó la duquesa con ánimo de humillar a la rival triunfadora a los ojos de las gentes.

—Encantadora... aunque fuese prestamista ella misma — respondió uno de los admiradores.

La duquesa se dirigió al grupo que formaban Vanessa y Carlos, y dijo a la muchacha con ironía:

—Tenía verdadero deseos de conocerla. ¡Hace tantos años que conozco a Roberto!

Vanessa que había visto antes a la duquesa hablar con cierta intimidación con Roberto, contestó burlona:

—Sí, todo induce a creer que hace muchos años...

Después fueron todos a la mesa. La duquesa sentóse entre Roberto y Vanessa, y ésta tenía a su derecha a Carlos Langley, quien no cesó durante la cena de obsequiar con lindos mandrigales a la condesa.

Roberto se hallaba disgustado. A pesar de que no le interesaba en lo más mínimo su esposa, le molestaba la intrusión de aquel rival, peligroso conocedor de la psicología femenina.

Después, la presencia de la duquesa le importunaba. Esta mujer parecía querer comprometerle con sus ternuras ante los ojos de Vanessa.

Lord Carlos alzó la copa y brindó, dirigiéndose a la condesa:

—Por los ojos hechiceros que me están mirando!

Ella se echó a reír y Lord Carlos agregó, oportuno y jovial:

—Cierre usted los ojos que me estoy volviendo ciego.

La duquesa que no perdía detalle del "flirt" que Carlos quería iniciar con la otra, dijo al conquistador de corazones:

—Se ve que conoce usted a fondo la manera de halagar a las mujeres, Lord Langley.

—¡Oh, yo digo siempre sencillamente la verdad!... Muchos hombres esta verdad no la ven...

Al otro lado de la duquesa, Roberto se entregaba a todos los demonios. Su expresión era sombría y dura: de buena gana hubiera apartado de allí a Lord Carlos.

La duquesa murmuró a su oído:

—Parece que el casamiento te ha vuelto celoso, ¿no?

—¡Celoso yo? No tengo necesidad de serlo.

Terminó finalmente la comida y los invitados se despidieron del río de Roberto.

Por la noche los condes de St. Austel durmieron en aquel palacio. Al día siguiente partirían de nuevo hacia la propiedad.

Ya ni siquiera dormían en el mismo cuarto. La separación entre ellos dos iba haciéndose cada vez mayor.

Pero Vanessa, durante la cena, con la fina intuición de la mujer había adivinado en su marido un sentimiento de celos al ver que Lord Carlos parecía sentir por ella predilección.

¡Ah, tal vez aquel fuese el remedio que curara a su marido de su incomprensible actitud!

Roberto entró en su habitación con ánimo

de provocar una explicación con su esposa, pero ella, indiferente le volvió la espalda y cerró los ojos. No quería verle... Iba a contestar con el desdén al absurdo modo con que se comportaba Roberto.

Furioso Roberto abandonó la estancia, yendo a pasar la noche en un cuarto contiguo. No se movería de allí... ¡Cómo sentía haberse casado!

¡Ah, las mujeres!... Ahora los celos, unos celos absurdos, presto que él había sido el primero en apartarse de su esposa, le devoraban.



Dos semanas después, durante las cuales no hubo variación en las frías relaciones entre los esposos, se celebraba un gran baile de gala en los salones del palacio de St. Austel.

A pesar de la intranquilidad que le proporcionaba su matrimonio, consideró Roberto prudente abrir sus salones para no dar lugar a excesivos comentarios. Era preciso que las gentes les considerasen felices.

Entre otros invitados estaban en la fiesta la duquesa de Lincolnwood y Lord Carlos Langley.

La duquesa mostróse como siempre ansinante y persuasiva con el conde, provocando unos celos casi inconscientes en Vanessa.

Por su parte Lord Carlos había pasado casi toda la noche hablando con Vanessa en la grata conversación que sabía rendir la sensibilidad de la mujer.

Roberto manteníase indiferente con su mujer. Su amigo el conde Rodolfo que conocía lo ocurrido entre los dos, le llamó aparte y le dijo:

—Roberto, con tu conducta estás fomentando un equívoco. Y es lamentable esa indiferencia que tienes para Vanessa, porque ella te quiere y tú no puedes negar que estás enamorado de ella.

—¿No lo creas... eso no es verdad!

—¿Cómo te engañas!... Se te ve en los ojos... Tienes celos porque Carlos está con ella, ¿verdad? Pues lo que tú debes hacer a la vez es

separarte de la duquesa que esta noche no te deja a sol ni a sombra.

—¡Oh, si yo pudiera!...

Cerró los puños... y se alejó...

Se bailaba en el salón... Carlos danzaba con Vanessa y ella parecía escuchar complacida a su compañero.

La duquesa fué a bailar con Roberto que no pudo negarse a la invitación.

Mientras bailaban, Roberto seguía fijamente con celosa mirada a su esposa y al Lord.

Ella adivinando esta turbación sonreía más y más a Carlos como si se mostrase agradecida a los madrigales que a su oído le murmuraba el galán.

Y al propio tiempo, Vanessa se sentía igualmente celosa. Había podido averiguar que la duquesa había tenido un "flirt" con Roberto antes de casarse éste, y temía que quisiera volver a las andadas.

Era una lucha de celos contra celos... y aunque ninguno se lo confesaba... de amor... contra amor.

Las dos parejas se encontraron en el valvén

de la danza casi juntas, y Roberto, furioso por las insinuaciones de la duquesa y por los secretos que contaba Carlos al oído de Vanessa,



—Cambiemos de pareja Carlos.

dejó a su pareja, y haciendo detener a Carlos en su baile le dijo:

—Cambiemos de pareja, Carlos. La duquesa se aburre conmigo...

Y sin que nadie pudiese protestar comenzó

a bailar con su mujer, mientras la duquesa lo hacía con Carlos.



...comenzó a bailar con su mujer...

Durante unos minutos se abandonaron a la pasión del baile, pero de pronto Vanessa, sintiéndose humillada, cesó de bailar y dijo:

—Estoy fatigada. No quiero danzar más.

Y salió de la estancia buscando en otro saloncito un recogimiento a su nerviosidad. Su marido la siguió.

—¿Por qué no quieres bailar? No estabas cansada cuando lo hacías con Carlos... Y te ordeno que me digas lo que Carlos te estaba diciendo.

Ella rió contemplando satisfecha a su marido... Celos son siempre amor. ¿Recuperaría el cariño de aquel hombre, perdido de tan extraña manera?

—Pues me decía que soy adorable, encantadora, bonita y... que me tienen muy olvidada.

—¡El canalla! ¿Cómo se atreve a meterse en mis cosas! ¿No permito que Carlos me humille de ese modo!

—¡Y yo no permito que la duquesa me humille a mí! — respondió ella.

Pero el conde agregó zarandeándola con enérgico movimiento:

—Las mujeres de mi familia no han permitido jamás que hombres que no fueran sus maridos las galantearan.

Ella le miró con cierto aire triunfal. Se daba cuenta de que los celos habían hecho el milagro de conquistar para ella el corazón de su marido.

—Si tengo tantos defectos — murmuró — ¿por qué te casaste conmigo?

—Como si no lo supieras... — dijo él amenazador.

—No, no lo sé, pero me lo he preguntado muchas veces. Si no me amas, ¿por qué te casaste conmigo?

En aquel momento apareció ante ellos la duquesa de Lincolnwood. Dirigiéndose al conde, le dijo graciosa y felina:

—Pareces estar aburrido, Roberto... ¿Quieres venir conmigo?

Y lanzó una mirada de desafío a Vanessa, quien sintió en su corazón el odio más feroz contra aquella mujer que quería apartarla de Roberto.

—¡La odio a usted tanto — gritó — que llegaría a matarla!

Las dos mujeres se miraron prontas a caer

como fieras en celo. Roberto quiso evitar la lucha y dijo a la duquesa:

—Elisa, te lo suplico, no te interpongas entre nosotros.

—Pero si tu mujer tiene la culpa... Se hace inaguantable... No tiene siquiera la cortesía de atender a sus invitados.

—¡Oh! calle... usted...

La duquesa cogió un mantón de seda que estaba sobre una mesa y que Vanessa había dejado allí al salir a la terraza, se envolvió con él y comenzó a andar acompañada de Roberto que pretendía poner paz en la cuestión.

Anduvieron ligeramente por las avenidas en sombra y se detuvieron junto a una terraza. El la dijo con una severidad que no admitía réplica:

—Elisa, quiero a mi esposa y tu intervención nos está separando. Por lo tanto te ruego dejes de conducirte de esta manera conmigo.

—¡Te vuelves insociable!

Vanessa, que les había seguido con la mirada, se dijo de pronto, llena de celos:

—¡Qué desenfado! ¡Esa mujer se atreve a usar mi propio mantón!

Y ocultándose junto a los árboles fué avanzando hacia su marido y Elisa.



—...¿quién te ha herido?

Estos dos seguían hablando. En vano ella quería hacer despertar aquel amor de otro tiempo, ya para siempre apagado.

—¡Pero es posible que te hayas olvidado de mí de esta manera?

—Nuestra conversación es perfectamente inútil, Elisa. Te ruego que no insistas en ese tema. Mi mujer se molesta y necesito paz en mi hogar.

De pronto sonó un tiro que alguien disparó en la sombra y Elisa, pronunciando unas palabras de dolor, cayó al suelo.

Roberto se horrorizó al ver las ropas de ella ensangrentadas.

—¡Dios mío... Dios!... ¿Quién te ha herido?

En aquel instante apareció Vanessa que quedó contemplando a Elisa con ojos llameantes.

Mirándola furiosamente, pensando que Vanessa había disparado cegada por los celos, Roberto la dijo:

—¡Celosa, perversa! ¿Cómo te has atrevido a cometer semejante crimen?

Una gran palidez cubrió el rostro de la esposa quien se atemorizó al ver sangre en el traje de la duquesa.

—¿Qué quieres decir, Roberto? Pero... ¿qué es eso?

—¡Bien sabes lo que quiero decir! ¡Trataste de matar a la duquesa!



—¡Trataste de matar a la duquesa!

—¿Yo?... ¡No... no... yo no he sido!...

Temblaba como una niña... Su marido, creyendo en su culpabilidad, la dijo indignado:

—¡Huye antes de que te vean aquí! ¡Van a detenerte... y nos deshonrarás... y pondrás mi nombre en el fango!

—¡Oh, calla, Dios mío... papá... papá!...

Y horrorizada la pobre mujer se perdió en las sombras del jardín, como un fantasma...

Atraídas por el disparo llegaron varias personas a quienes el conde ordenó advirtiesen al médico y prestasen los necesarios auxilios.

El coronel Rodolfo Dengerfield, uno de los invitados, preguntó emocionado a su amigo Roberto:

—¿Quién puede haber sido?

El conde guardó silencio y el militar insistió:

—¿Quién más? ¡Responde!

—¿Vanessa! — sollozó él en un suspiro.

—¿Ella! ¡Tu mujer!

—Sí, es ella... pero por grande que haya sido su falta, yo la quiero... ¡Ayúdame a salvarla! — murmuró él desconsolado.

Llegaron unos criados arrastrando a un hombre de mirada alterada y repulsiva.

—Prendimos al criminal, señor conde — dijo el mayordomo.

Roberto y Rodolfo se miraron asombrados sintiendo al propio tiempo un alivio fresco en el alma.

—El agresor parece estar loco — dijo otro criado —. Creyó que la que estaba con usted era la señora condesa.

Condujeron al agresor a uno de los pabellones para entregarlo a la policía. Cuando ésta llegó, el criminal explicó quién era. Se trataba de Oscar Isaacson, el antiguo secretario de Benjamín Levy, el hombre a quien había sido negada la mano de Vanessa y que, sintiendo en su alma los desgarrones del odio, había querido matar a la hija del banquero. Quería verla muerta antes que en poder de otro hombre.

Había perseguido varias veces aquella oportunidad hasta hallarla aquella noche en el jardín. El mantón en que se envolvió la duquesa le confundió y disparó contra ella creyendo lo hacía contra Vanessa.

Oscar fué inmediatamente trasladado a la cárcel...

Por fortuna, la herida de Elisa era leve, nada más que un rasguño.

Sintió Roberto una sensación de dulce tranquilidad al darse cuenta de que su esposa era inocente. Al comprender que estaba libre, pensó que él la quería a pesar de todo y se desesperó buscándola en vano por el castillo.

¿Dónde habría podido ir? Seguramente habría marchado a casa de su padre... Y el conde acompañado de su amigo Rodolfo partió en automóvil para la capital, dispuesto a decir a Vanessa que ella era inocente de la bárbara acusación.

••

Vanessa, desconsolada por la terrible escena con su marido, había llegado a casa del banquero, arrojándose a sus brazos con una desesperación inaudita.

Viéndola llorar de aquel modo, su padre la dijo desconsolado:

—Vanessa, hija mía, ¿qué ha sucedido?

—¿Mi marido no me quiere, ni me ha querido nunca! Ha dudado de mí... ¡Me acusó de haber matado a una amiga suya!...

Su padre sintió un doloroso sufrimiento... El edificio que Levy había construido con tanto cuidado se derrumbaba en medio del mayor fracaso. Aunque tardé comprendía que no se puede jugar con los sentimientos de nuestros semejantes.

Llegó Roberto, angustiado, pretendiendo entrar en la habitación donde ella estaba. Pero Vanessa no quiso verle.

—¡No quiero volverle a ver en mi vida! —

rugió—. ¡No quiero hablarle! ¡Me acusó...
¡Me echó de su casa!

Levy transmitió el recado de su hija... En vano insistió Roberto en su pretensión.



...cayó sin sentido...

—¡Ha sido todo una equivocación, un arrebató mío! ¡La quiero con toda mi alma, señor!... ¡Ahora lo comprendo! ¡No me separe usted de ella! — dijo a su suegro.

—Lo siento, señor — respondió Levy con

tristeza, viendo desunido aquel matrimonio—, pero mi hija rehúsa verle.

Pero Vanessa, incapaz de resistir tan hon-



Tres días estuvo luchando entre la vida y la muerte...

das emociones, cayó sin sentido presa de una fiebre altísima. El conde, Levy y Rodolfo entraron en la habitación auxiliando a la joven.

Tres días estuvo luchando entre la vida y la muerte, tres días de angustia y zozobra.

Roberto, al volver ella en sí, se había alejado de la alcoba, permaneciendo en la cercana habitación, en espera de que Vanessa le perdonase.

Suplicó Roberto a Levy que intercediese para que él pudiera hablarla. La quería con toda su alma. Sobre el interés, estaba ahora el amor proclamando sus derechos.

Melancólico el banquero Levy volvió al cuarto de su hija y dijo a ésta:

—Vanessa, quiero hablar ahora contigo... Una sola vez en la vida te mentí. Escúchame...

Ella le miró. Su padre continuó diciendo:

—Quizás te has preguntado muchas veces por qué se casó Roberto contigo... Pues fue porque le envolví en una maquinación para salir de la cual no le quedaba otro recurso que casarse... Perdóname.

Vanessa le escuchaba con terror, presintiendo nuevas complicaciones en su existencia:

—Yo adoraba a tu madre, hija mía, y en su lecho de muerte le prometí hacer de ti una mujer dichosa. Esta boda hubiera coimado la

ambición de cualquiera. Y por eso la patrociné y obligué al conde a que se casara contigo. Le dábamos dinero para conseguir su título...

Una inmensa desesperación se apoderó de la muchacha. Entonces, ¿qué habría pensado Roberto de ella? ¿Que se había vendido, que su amor era mentira! ¿Qué vergüenza!

—Niña, hija mía — decía el padre —, ¿no quieres verle? ¿Tal vez aun podrías ser felices?

—No, no, nunca, ya todo ha terminado — contestó desolada la muchacha.

Levy abandonó turbado la habitación y comunicó a Roberto lo ocurrido. Le confesó generosamente que Vanessa ignoraba la combinación de aquella boda, creyéndola exclusivamente dictada por el amor.

—Entonces, ¡mi pobre Vanessa! — dijo él, horrorizado —, ¡Y yo la he hecho sufrir, la he tratado tan duramente, y no lo merecía!

Desesperado, dispuesto a arrojarle a sus brazos para pedirle perdón, abrió la puerta de la alcoba.

Vanessa le miró y casi sin poder contener el

sentimiento de amor de su corazón, gritó con toda su alma:



—Tú sí que debes perdonarme, mi vida...

—¿Roberto, Roberto, perdóname!
Sus cuerpos se estrecharon. Ella lloraba mientras él exclamaba, también conmovido:

—Tú sí que debes perdonarme, mi vida. Tú que eres inocente como un ángel y a quien yo he tratado de una manera indigna. Te juro que te amo, Vanessa, te lo juro. Por fin cayó la venda que nos cegaba. Nuestro amor pudo más que todos los obstáculos. ¿Me perdonas?

Y los besos de ella, mezclados con lágrimas, eran el mejor perdón.

FIN

Próximo número:

La emocionante novela

El mágico dominio

Por Alice Terry, Ivan Petrovich y Paul Wegener.

Gran éxito, en las selectas Ediciones
Especiales de La Novela Semanal Cine-
matográfica, de

Sangre y Arena

por Rodolfo Valentino.

Está a punto de aparecer

Aguilas triunfantes

por Rod La Rocque.

Adaptación de la novela de Sir A.
Conan Doyle

EL BRIGADIER GERARD

CHANG

es la mejor novela de aventuras

025 NMG (ERROR)

B

